

bordados junto á los símbolos exultatorios del patriciado, símbolos despreciativos del cardenal, y todos á una, convinieron alegres en tan feliz idea. Los mercaderes de sedas y de paños, los sastres y modistas no daban abasto á las generales demandas de nuevas preesas al uso anti-cardinalicio. La manifestación tomó tales proporciones, vistiéndose unos de protesta y holgándose otros de las tales vestiduras, que Felipe vió un peligro en la permanencia del cardenal allí entonces, y lo sacó, por ende, como pudo, y sin humillarse, de aquel enfurecido reino.

Con tal motivo, los nobles cejaron á una en su abstencion y volvieron al consejo. Pero su entrada en tal asamblea no atajó los dos males de que todo el mundo se quejaba entonces: la podredumbre administrativa y la persecucion religiosa. En vano se dirigian los nobles con reclamaciones á la regente; indiferentísima ésta, no prestaba oído á sus quejas. Entonces decidieron mandar el conde ilustre de Egmont, como embajador de su clase y vocero de sus pretensiones, á Madrid. Pocos tan autorizados para este difícil y espinoso ministerio como el vencedor de Gravelines y de San Quintin. Al presentarse allí delante de la sombría corte del Escorial, no estaba en lo probable que Felipe olvidase cómo esta fábrica enorme se habia erigido, sirviéndole como base y fundamento una victoria del Conde. Partiósese con efecto éste, y mostró como negociador cualidades bien opuestas á las mostradas como general. Todo su épico valor y su admirable destreza en los campos tornábase debilidad, y aun cobardía, en los gabinetes. Felipe, que lo habia estudiado mucho, como á todos los instrumentos impulsores de la formidable máquina de su vasta monarquía, fácilmente alcanzó que para vencerlo bastaba con agasajarlo. Y á virtud de tal conviccion, salió á recibirle con los brazos abiertos á la puerta de su cámara como si de su hermano se tratase; convidólo á comer en su mesa y á pasear en su carroza como á otro monarca; enseñóle con agrado los milagros artísticos del Escorial y los frescos bosques del Balsain; libertólo de rentas y tributos en tierras suyas, concedióle honores nuevos y nuevos dominios, dejándolo partirse de allí sin dar á sus quejas oído, á sus demandas cumplimiento y satisfaccion á sus agravios. Bien es verdad que, deslumbrado Egmont por tantas y tan extraordinarias muestras de aprecio, antepuso á los votos de sus conciudadanos los valimientos de su persona; y se volvió

con las manos llenas de favores para sí mismo y de desfavores para su pueblo.

Bien pronto se conoció la situacion falsísima en que se hallaba Egmont, á causa de sus serviles complacencias con Felipe II. Doble de complexion éste y de costumbres, daba un género de instrucciones al embajador de los nobles y otro género de instrucciones á la regente del reino. Las cartas en francés, confiadas á Egmont, no tenian grandes relaciones con las cartas en castellano destinadas á Margarita. En aquellas algun que otro viso de concordia mas ó menos disfrazada; en estas, irrevocables acuerdos de persecucion y de intransigencia. El embajador se hacia lenguas de las colosales obras del Escorial destinadas á inmortalizar un grandioso hecho suyo, de los pinares del Balsain, donde, mano á mano, habia corrido el ciervo en la caza junto al poderoso monarca, del mudejar palacio segoviano esmaltado como una estancia granadina, con sus torres en el cielo y sus fosos en los abismos; del regio favor que agrandara sus incomensurables tierras y concediera nuevas joyas á su nobiliaria corona: resultas todas lisonjeras para él, mas inútiles al patriciado, quien demandaba en vano cómo se recibieran allá en Madrid las protestas contra el Concilio, las demandas de tolerancia, los aumentos de representaciones en el Consejo, los remedios propuestos á la corrupcion administrativa, las seguridades múltiples exigibles por la quebrantada libertad general y necesarias á la reconciliacion de los ánimos y á la paz en los Estados. Egmont volvía con insistencias y repeticiones tan pueriles á la mencion de sus propios engrimientos, que Orange le dió en rostro con los favores granjeados para su persona y los desfavores mal traídos para su pueblo. La pena del Conde á tal reconvencion mercedísima creció tanto, que hubo de amenazar con retirarse á sus tierras y desasirse de todo público empeño. Mas Orange dejó al tiempo que lo escarmentára; y el escarmiento cayó pronto sobre su cabeza y resonó en su conciencia. Las nubes de incienso que traía en la memoria, solo guardaban promesas de oropel sin verdad y sin valor. Cada secretario del Rey tenia una instruccion distinta para proceder en aquellas ocasiones; giraban á una todas ellas sobre la implacable intolerancia. Ni se revocaron los edictos persecutorios ni se suspendieron los cánones absolutistas del Concilio: ni se apagaron las hogueras voraces de la

Inquisicion; ni se aumentó el número de representantes del pueblo en los consejos del Rey; ni se modificó la organizacion administrativa del poder: Felipe, implacable como un número algebraico sin flexibilidad de ningun género, sostenia su tremenda política y daba por todo seguro de concordia un medio de inteligencia; el que los herejes destinados á morir, muriesen á mano del verdugo con las mayores consideraciones y los menores tormentos posibles. Al ver Egmont tal sarcasmo, al contemplar el aflictivo estado á que le condenaran promesas y palabras no cumplidas; sintióse á una herido en su corazon y en su conciencia, guardando el dolor de tanta herida incurable hasta la hora misma de su terrible muerte.

No hubo remedio. El Consejo escuchó asustado un proyecto de proclama, en la cual se decia que volvieran á su fuerza los cánones del Concilio y los Edictos de la Inquisicion. Para convencer al mundo entero de que tales abominaciones crueles no podian caer en desuso, decidióse repromulgarlas á cada semestre sin falta nuevamente. Al oír esto, inclinóse con calma el de Orange al hombro del consejero junto á él asentado y le dijo con misterio cómo empezaba la mayor tragedia hasta entonces vista en los anales de Holanda. Los terribles decretos aparecieron como escritos en letras de fuego por todas las esquinas de todas las poblaciones holandesas. El sentir general creyólos incompatibles con las libertades tradicionales de la nacion. Un clamor como de tormenta subió al cielo desde la tierra. Las mil gargantas del monstruo que se llama pueblo rugieron con rugidos apocalípticos. El terror creció tanto, que los profetas se dieron á profecías siniestras por todas las encrucijadas de Flandes y de Holanda. Muchos dijeron haber visto desclavarse los siete sellos del misterioso libro donde se hallan guardados los enigmas de nuestros destinos como en la víspera del Juicio Final y á la entrada del Valle de Josafat. Las gentes, que miraban al cielo, veíanlo enrollarse como un gigante pergamino calentado á las llamas. Caíanse pulverizadas en cenizas á los ojos mas vulgares las estrellas del firmamento. Los ángeles de las últimas horas del Universo, los ángeles exterminadores abrian sus alas de murciélago, y asombraban con una noche negra y eterna todos los espacios.

En aquel pueblo mercantil suspendiéronse los negocios. El comercio quedó sin movimiento como un cuerpo sin sangre. Huyeron los mercaderes

de las factorías, los trabajadores de las haciendas, los marinos de los puertos. El elemento aristocrático en su totalidad casi optó por la resistencia. Las cuatro principales ciudades del Brabante comenzaron la oposicion á tantos ultrajes, y trajeron á las mientes de los poderes ciegos, las antiguas libertades y los venerandos fueros del pueblo. Lo que mas indignaba las conciencias y mas heria los ánimos de aquellos valerosos ciudadanos era el establecimiento de un reciente y nuevo tribunal eclesiástico, tan odioso como la Inquisicion española, cuando sus instituciones y sus leyes no reconocian otro instituto de semejante clase que la corte del obispo de Cambray, cuya jurisdiccion se reducía y estrechaba únicamente á los matrimonios, á los testamentos y á las manos muertas. Todo esto despertaba cóleras tan grandes que se veía cernerse por los aires una próxima guerra. Las pretensiones de los nobles y de los plebeyos flamencos á una contrastaban todas la política natural y consuetudinaria de Felipe II basada en la intolerancia religiosa. Para llegar á entenderse los dos elementos en pugna ¡oh! habia necesidad imprescindible de que Felipe resultase otro monarca y Holanda otra nacion.

Varios sucesos graves antecedieron, acompañaron y subsiguieron á estos sucesos. Desde luego uno de los mas importantes fué la entrevista de Isabel de Valois reina de España, con Catalina de Médicis, regente de Francia. Holgóse con la esperanza esta de ver á su yerno; y no pudo lograrlo por la indolencia natural á Felipe II en esto de viajes. Acompañó á la reina española el Duque de Alba, quien pugnó con grandísimo empeño para pactar una inteligencia y alianza destinadas á perseguir y exterminar herejes. Mas la fuerza de Catalina y su autoridad sobre todo su reino surgian entonces principalmente de las discordias religiosas entre sus divididos vasallos. Así, en vez de concordar á los Colignis con los Guisas, y á los hugonotes con los ligueros, desacordábalos cuanto podía para mejor dominarlos. A pesar de los talentos diplomáticos empleados por el Duque de Alba y la Reina Isabel en tanta empresa, no llegaron á concordar la intolerancia ortodoxa de Felipe con la tolerancia política de Catalina. Sin embargo, las gentes de Flandes creyeron que las dos potestades primeras de la Europa moderna se habian unido para su perdicion y exterminio, resultando la inútil entrevista como nuevo tizon arrojado al fuego de la discordia y como fomes nuevo de revolucion y de guerra.

Otro de los sucesos del día fué la boda del conde Montigny, á la cual siguió la boda del príncipe Farnesio. Hijo de Margarita éste, había llegado desde Madrid á Bruselas en compañía del ilustre prócer y general Egmont á cuyos cuidados le confiara Felipe II en persona, quien amaba tiernamente á su preclaro sobrino. Educado en España, parecía, no obstante su origen italiano, mas español que los españoles el jóven Alejandro Farnesio. Correctamente no sabia escribir ni hablar ninguna otra lengua mas que nuestra lengua nacional. Así no atrajo mucho en su favor á la susceptible aristocracia flamenca. De natural imperioso, de genio militar, de propensiones invencibles al mando, de austera educacion, de fe católica exaltada, no podia prevalecer ni dominar moralmente allí donde ardian con tal viveza las llamas de las ideas nuevas y tronaban con tal estruendo los huracanes de las pasiones revolucionarias. Además, Alejandro padecía de una increíble altivez rayana en la soberbia. Siempre que topaba con algun patricio flamenco mostrábase muy despegado; y cuando tenia que convidarlos á la mesa, colocábase solo en sitio altísimo y en amplio sillón, dejando á los demás próceres sitios inferiores é incómodos y humillantes taburetes. Casado con la infanta D.^a María de Portugal, su casamiento fué ocasion tambien de grandes fiestas; y las fiestas motivo á dispendiosos gastos. Para encarecer á cuánto montarian, basta decir que parecieron excesivos al mismo padre del príncipe. Aborrecian á éste los flamencos todos con tal aborrecimiento, que hasta los mas avisados y despiertos veian en el imperioso y altivo Farnesio un verdadero imbécil. Mas engañábanse á todas luces. Aquel jóven de veinte años tan reservado y tan soberbio debia ser uno de los mas altos políticos y uno de los mas consumados capitanes que produjera su siglo. El nombre de Alejandro Farnesio es inmortal tanto en los anales de la guerra como en los anales de la prudencia.

Mientras tanto crecia con extraordinario crecimiento la revolucion religiosa en toda Flandes. El mismo día en que se casára Farnesio, celebrábase, á la luz de las iluminaciones regocijantes en Amberes, una reunion importantísima. El jóven Francisco Junio, recién llegado de Ginebra, la ciudad del Cristianismo republicano, predicaba en palacio de antiguos nobles con arrebatadora elocuencia la nueva idea religiosa y política. Hostigado como todos los grandes oradores, por su genio interior, no se daba punto de reposo

en esto de la predicacion evangélica. Cuántas veces, como le sucediera en Breda, predicando la doctrina calvinista, entraba por los cristales del salón espacioso, en que á los suyos reunia, el reflejo de aquellas hogueras, dentro de las cuales se consumian los mártires de la nueva idea. Su presencia en este lugar ocasionó la liga de Breda, que debia resultar mas tarde como el primer fundamento y base de la revolucion religiosa. Esta liga tenia por objeto único, el oponerse los ligados á las crueldades infinitas de la Inquisicion católica por medio de un compromiso. Redactado este compromiso de Breda, sin que se advirtiesen de ningun modo en su redaccion las ideas, á las cuales obedecia, ni bien protestantes ni bien católicas, estaba destinado á recibir gran suma de firmas. Imprimiéronlo bien pronto en multitud de interesantes ejemplares los ligados y propagáronlo por todas partes, pidiendo adhesiones. Mauricio de Santa Ildegonda, militar y teólogo; Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange; y otros muchos celosos caballeros, fundaron aquella considerable asociacion, y la sirvieron como buenos, jurando ante Dios y los hombres con juramentos inextinguibles, no darse día de reposo hasta lograr la extirpacion del tribunal de la fe, tan opuesto á los antiguos privilegios flamencos y á su sacrosanta libertad. La liga en sus comienzos no perteneció ni á las altas clases ni á las clases populares. Entrando en ella la nobleza media, no entraron los nobles de principal rango, como los Montignys y los Oranges. Pero poco á poco, el estado de aquellas tierras devoradas por la despoblacion, el espectáculo de aquellas hogueras henchidas de mártires, el desmayo de la industria y del comercio perturbados por tales desórdenes llevaron al compromiso de Breda innumerables firmas puestas á su pié por el verdadero pueblo.

Movidos por este satisfactorio resultado escribieron los comprometidos una exposicion para presentarla personalmente á la princesa Margarita. Conciliador hasta entonces Orange, trató de suspender aquellas manifestaciones y no pudo conseguirlo en modo alguno. La exposicion se redactó, y la presentacion á Margarita se decidió por voto unánime de todos los convenidos, á cuyo frente se puso el Conde Brederode, quien creia descender de los antiguos soberanos holandeses y presentar por lo mismo al trono de aquella region mas títulos que la usurpadora casa de Borgoña, personificada entonces